



En este número de Sacapuntas presentamos dos notas inéditas sobre el trabajo de Saúl Rojas, el legendario ilustrador argentino. Y de yapa, una serie de reflexiones del artista acerca de sus motivaciones estéticas.

# Caballero Rojas

Saúl Oscar Rojas es ilustrador, fotógrafo, diseñador gráfico, docente de esta especialidad y artista plástico. Sus trabajos fueron distinguidos con el Premio Lazarillo de Ilustración (España, 2001) y los Destacados de Alija (Argentina, 1997, 1999). Fue postulado al premio Hans Christian Andersen en varias oportunidades. Sus trabajos como ilustrador infantil cubren un rango que prácticamente abarca toda la industria editorial argentina.



## Saúl Oscar Rojas: un artista del escape Por Lucas Nine \*

Un ejercicio de imaginación (ideal para las gentes a las que no les sobra esta cualidad) podría ser el de situar y pinchar con banderitas, dentro del mapa mundial, el lugar ocupado hoy por la industria editorial argentina. Es ideal por la razón de que la respuesta suele ser bastante obvia: se trata de un lugar marginal.

Continuando con una reflexión por el estilo, se podría tratar de ubicar luego el lugar ocupado por la literatura infantil y juvenil dentro del panorama editorial argentino. La respuesta sigue siendo más o menos la misma. La literatura infantil y juvenil, a pesar de los esfuerzos de algunos editores desperdigados por el paisaje, sigue ocupando una posición marginal. No por su volumen de ventas (que suele estar bastante alejado del de las colecciones de poesía) sino por la política general con la que es encarada su edición: la línea que la separa de las colecciones dedicadas a la literatura "seria" varía de editorial en editorial, pero es siempre perceptible, y abarca toda una gama que va del lápiz de almacenero a la brocha gorda.

La última parte de un ejercicio reflexivo como el propuesto, podría ser también la

más divertida, suponiendo que uno fuera un aficionado al humor negro: descubrir cuál es la posición del artista gráfico, del ilustrador, dentro de la industria editorial infanto juvenil argentina. Dentro de una especialidad tres veces marginal como ésta, la única posibilidad de supervivencia para un profesional del campo consistiría en encarar la producción del artefacto "ilustración infantil" de la misma manera en la que se encara la de una línea de chacinados: producción en serie y en cantidad, mínima o nula variación del producto ofrecido, precios bajos (garantizados en este caso por el cliente). A esto, debería poder sumarle una característica original de la especie: la adaptación del material ofrecido a los cánones estéticos en boga, emanados desde algún catálogo de ilustradores internacionales que pueda descansar eventualmente sobre el escritorio del Jefe de Arte (de haberlo).

Este tipo de cosas era el que hacía tan interesante escuchar a Oscar Rojas (en la charla brindada en la Escuela Nacional de Artes Gráficas y Plásticas Martín Malharro, en Mar del Plata, año 2000) contar la estrategia que había seguido desde el momento en que se encontró engrillado dentro de la galera del libro infantil. La estrategia era la de hacer unos dibujos tan buenos que llamaran la atención de los lectores. Unos dibujos

que fueran precisamente los suyos y no los de ningún otro. El famoso mingitorio de Marcel Duchamp se hizo famoso como propuesta estética porque llamaba la atención encontrarlo expuesto en un sitio donde se esperaba ver obras de arte. La estrategia de Oscar era la opuesta: exhibir obras de arte donde la gente esperaba encontrar mingitorios.

Si la posición de la ilustración infantil argentina era realmente marginal y se trataba de una labor considerada apenas superior a la de barrer los pasillos del edificio, ¿quién pensaría en realizar algún tipo de control real sobre ese trabajo? Simplemente, no valía la pena hacer el esfuerzo. Esa deficiencia era la que podía usarse para contrabandear algo que no era buscado por el cliente (al menos, por la mayoría de ellos): personalidad.

En este punto, empecé a sospechar que la estrategia de Oscar se parecía bastante a la de esos presidiarios que, disimuladamente, estudian los cambios de guardia, prueban la solidez de los barrotes en la ventana o miden en pasos la distancia que va del patio al muro externo. De hecho, no costaba mucho imaginarlo como esos prisioneros de folletín que, munidos con una cucharita de té, excavan sus túneles durante décadas.



La charla se complementaba, por lo que recuerdo, con una muestra que exhibía parte de su trabajo. Lo interesante era ver estos dibujos, y compararlos con el libro terminado, el texto más las ilustraciones. Donde la maquinaria del libro infantil, en muchos casos, tendía a pedir la ilustración literal de los elementos enumerados por el texto, al modo de un recetario de cocina, Oscar nos daba una serie de dibujos que establecían relaciones “contrapuntísticas” con lo escrito. No eran sólo bellas obras de arte, sino que además eran piezas que se completaban y terminaban de cargarse de sentido en el texto. Pero no como una especie de lorito dibujado, que repite lo mismo que ya se ha escuchado a grito pelado, sino como un bicho de otra especie. Uno de esos que se dejan oír, por lo bajo y entre los silencios que deja el texto, anudando, completando en el aire.

Pero el plan de escape de Oscar Rojas no terminaba ahí. Si uno comparaba los dibujos de un libro con los de otro empezaba a notar otro elemento perturbador, ajeno al panorama clásico del campo: había una evolución que encadenaba los trabajos y los convertía en parte de una misma obra. En vez de la esperable homogeneidad de factura, esa repetición de tics (sean aciertos o errores) que garantizan a un cliente el saber de antemano qué es lo que va a comprar

cuando encarga una serie de ilustraciones, había otra cosa. Cambios, saltos, piruetas, determinados por los temas ejecutados, pero que sin embargo tenían una evolución interna propia.

El recorrido era parecido al de esas civilizaciones que se dedican por algunos siglos a la construcción de pirámides. Finalmente y tras llegar a una especie de período clásico, seguramente hastiados, abandonan la cosa. Dejan todo y se van, llevándose solamente dos o tres elementos estilísticos sacados del edificio, con los que construirán otra cosa, en otro lado. El resultado es una serie de ruinas colosales, acá y allá, donde varios nos apresuramos a realizar expediciones arqueológicas (Max Cachimba es otro dibujante que opera en el mismo sentido).

La evolución de trabajo en trabajo también era interesante por otro elemento agregado: la ilustración de leyendas y folklore de diversos pueblos era completada por el estudio de los elementos formales de la cultura gráfica de esos pueblos. Estos elementos eran asimilados, integrados al trabajo de Oscar. Esto es peligrosísimo, como podrá imaginar cualquier dibujante sensible. El



riesgo inmediato es el de terminar colgado al lado de esas pinturas "japonesas" de barquitos a la luz de la luna, ejecutadas sobre terciopelo negro, el último peldaño de la larga escalera integrada por el (mucho más noble) Enano de Cemento. Pero Rojas es astuto, y no teme ser devorado por la tradición. Finalmente sabe encontrarse a sí mismo y suele salir del laberinto en el que se mete, con algún tesoro insólito a cuestas. El tesoro irá a enriquecer el trabajo de Oscar, y, en definitiva, el de todos nosotros. Hay que esperar un poco, caramba.

Al terminar de recorrer la muestra, al terminar de escuchar la charla, en la fría Mar del Plata (estábamos en invierno) de aquellos lejanos años 2000, me di cuenta de que Rojas, aparte de sus méritos artísticos más evidentes, tenía otros; más sutiles, quizás, pero no menos importantes: era un genial Artista del Escape. Había escapado.

Fui a felicitarlo pero, naturalmente, ya no estaba en la sala.

*(\*) Lucas Nine es autor de historietas (publicadas en Argentina y en el exterior) e ilustrador editorial y de libros infantiles. Expuso su obra en la Feria del Libro Infantil de Bologna (Italia y Japón) y exhibió trabajos de animación en el Festival de Annecy (Francia).*



## Los dueños del río

Por Canela \*

Cuando comencé a trabajar como editora, en las listas de ilustradores que algunos colegas me facilitaron, aparecía en primer término Oscar Rojas.

Veinte años después, en mi lista personal el ilustrador que aún ocupa la primera línea, sigue siendo “el maestro” Saúl Oscar Rojas.

Oscar, siempre, siempre me ha sorprendido. Por su lenguaje profundo y

expresivo, por sus líneas sugestivas: firmes y abiertas al mismo tiempo, por su imaginaria y la forma tan particular de domeñar (de dominio) colores y texturas.

Hicimos juntos muchos libros y nunca me defraudó. Podría seguir hablando de lo que su trabajo me sugiere pero prefiero contar una pequeña anécdota:

Cuando me entregó los originales de “La leyenda del Hornero” unas ocho ilustraciones que ocupaban toda la página (la ilustraciones albergaban al texto), el trabajo me pareció perfecto. Ya habíamos visto juntos algunos bocetos (Oscar detesta mostrar bocetos, espera que se confié en él, le encanta trabajar sin red aunque luego deba rehacer alguna página).

En este caso no había nada que agregar, solo gozar de lo que había producido.

Se trataba de escenas en las que los personajes (los guaraníes) se veían inmersos en el paisaje, alguna vez caminando a la orilla del río y otras veces, navegando en él. Mi mayor preocupación —y en ello me concentré— era constatar que el ropaje y los rostros de los guaraníes respondieran a la información histórica que luego acompañaría la leyenda, y luego observar que en el proceso de impresión se “salvaran” al máximo las sutilezas de los dibujos que habían sido realizados en ténpera o acuarela, esto no lo recuerdo.

Más tarde, cuando el libro ya impreso

estaba circulando en las escuelas y se podía hojear en las librerías, recién descubrí algo que Rojas había hecho: debajo de cada barco, de cada canoa y debajo del nadador (el joven español enamorado de Alahí, la indiecita) había dibujado sutilmente, muy sutilmente un gran pez. Los peces, dueños y señores del río Paraná sostenían y acompañaban a los barcos y a los hombres que entraban a sus aguas.

El cuento no hablaba de los peces, ni formaba parte de la historia la dimensión mágica que los peces otorgaban a esas escenas.

Como yo misma era la autora del cuento, sentí que la invención de Oscar enriquecía el relato, le añadía misterio y encanto y me demostraba que el ilustrador puede ir con su talento más allá de las palabras, expandir y enriquecer cualquier historia. Mi relato era simbólicamente sostenido por el ilustrador y explicaba el compromiso que une en profundidad texto e ilustración. Cuando este compromiso se cumple, ambos son autores del libro.

No siempre lo vemos, no siempre lo reconocemos.

(\*) Canela (Gigliola Zecchin) es periodista cultural y escritora de libros para niños y adultos. Su trabajo abarca la prensa escrita, la radio y la TV. Fue directora de las colecciones de literatura infantil de la editorial Sudamericana.

## Rojas por Rojas

Rojas habla de él mismo y de su obra. Extraído de tres notas, dos de ellas realizadas por el ilustrador y escritor Istvan (publicadas en la revista La Obra N° 960 y N° 967, números de junio 2001 y enero 2002, respectivamente). La restante fué publicada por Elizabet Marco en el N° 186 de la Revista de Literatura "Primeras Noticias", en el año 2002.

Que yo recuerde, desde muy chico me fascinaban las imágenes gráficas. Cierta día, llegaron a casa dos o tres hojas de una revista de historietas en blanco y negro. Me impresionaron muy fuerte. Cuando fui a vivir a una ciudad, encontré revistas de historietas a montones. De ahí nació mi deseo de ser dibujante.

No sabía decir si era bueno haciendo dibujos. Recuerdo que en la escuela había que presentar un dibujo como tarea. Yo dibujé una mancha en toda la página del cuaderno y el maestro lo rechazó argumentando que había manchado mi cuaderno. Nunca en ese tiempo expuse trabajos míos.

Las Imágenes Gráficas son los textos que dibujo para ser leídos por otras personas.

Yo deseo contar historias como las que contaban los mayores siendo yo niño. Nunca nosotros los niños sabíamos cuándo se contarían las historias. Cuando se presentaban, sin que nadie lo anunciara, concurríamos a formar el círculo mágico. Allí aparecían los cuentos ya conocidos pero siempre





diferentes que llenaban mi campo imaginario de donde yo sacaba los elementos para construir mil y una historias con los personajes queridos y los que metían temor. Quienes contaban los cuentos eran personas que no sabían leer ni escribir y, si alguno sabía, era poco y nada. ¡Pero qué mundos fascinantes que me dieron! Bueno, yo quiero narrar historias así, de esa manera, ya sea ilustradas o escritas, donde la sencillez y la claridad de su construcción entreguen elementos que alienten el deseo de inventar. Cualquier tipo de invento.

Las técnicas que utilizo son muchas y variadas. Húmedas y secas, según el tipo de impresión. Si es en colores, uso tintas, marcadores, témperas, acuarelas, nogalinas, lápices de colores, lápices acuarelables, papel glasé, crayones, pastel, pastel al óleo. Si el libro es impreso en blanco y negro, uso grafito (lápiz negro 3b, 4b y 6b), tinta china (con plumines, plumas cucharita, pinceles, rotring, marcadores de fibra), grabado, falso grabado, y no recuerdo más.

En los libros de texto las ilustraciones son muy acotadas, dejando nada o casi nada de espacio para la creatividad del artista. Estoy más a gusto con los libros de cuentos porque en la mayoría se presenta la magia que deben tener los cuentos para niños. La magia de los mundos desconocidos. La magia que nos seduce para construir mundos nuevos,

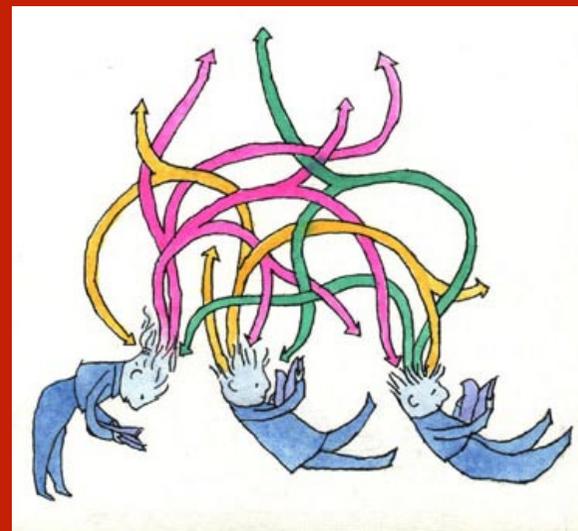
mundos que nunca vimos antes, mundos que sólo vemos nosotros porque somos quienes los inventamos.

Las leyendas y los mitos recorren el mismo camino que los cuentos con el valor agregado que proporciona la documentación de los pueblos o grupos humanos tratados. Investigar a esas gentes es fascinante. Es igual a convertirse en un integrante más de ese grupo, tener sus costumbres, creer en lo que ellos creen, en sus dioses y demonios, amar y odiar como ellos, hablar sus dialectos, conocer sus códigos, sus cacharros, sus viviendas... Para representarlos debo convertirme en ellos. Cosa de lo mágico. Mágico es hacer las ilustraciones para un libro con estos tipos, como es mágico leer esas ilustraciones que nos aproximan a la realidad de esas gentes que nos dejaron algo que aún nos emociona.

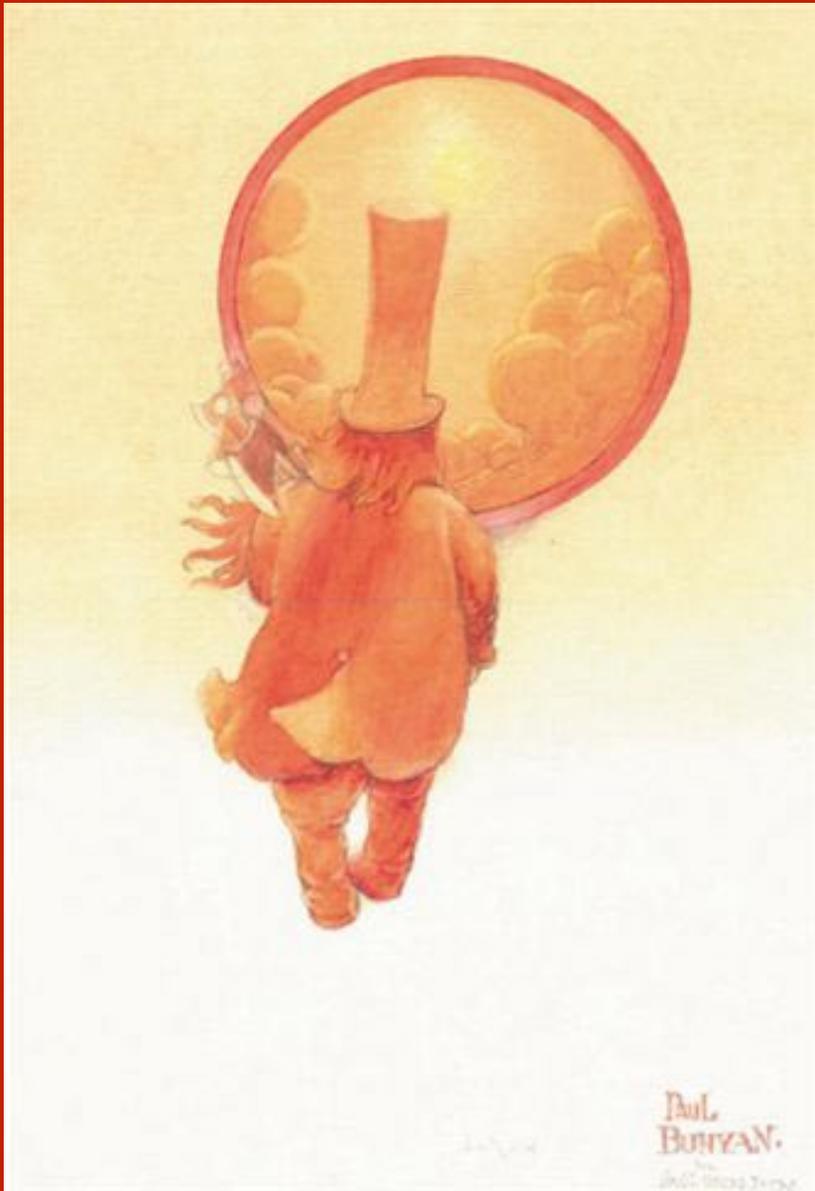
Para mí, escribir es dibujar el sonido de las palabras y cuando escribo es lo mismo que dibujar. El resultado final es la imagen creada que, a mi juicio, es lo que realmente vale. La palabra escrita es un dibujo que sugiere imágenes como lo hace la ilustración. El argumento, para mí, es la construcción de la historia con las imágenes, reales o imaginadas.

Me interesan los libros que estéticamente propongan o sugieran cosas de valor a quienes leen. No hago, no trato de hacer realizaciones añidadas, presuponiendo

que los niños, o cualquier persona, merezcan cosas bobas, tontas. Tampoco pretendo incrustar en la mente de alguien mis ideas, sino que realice ilustraciones que se presenten como una opción. La decisión de optar por lo mío corre por cuenta de las personas, los niños, si les da la gana de armar, construir sus mundos con lo que proponen las ilustraciones.







Sitio personal de **Saúl Oscar Rojas**  
<http://www.sauloscarrojas.com.ar/>



Caricatura de Julio Ibarra  
<http://www.julioibarra.com.ar/>

